

Reseñas bibliográficas

HIERONYMI SERIPANDO, O.S.A., *Registrum generalatis IV, 1544-1546*, quod edendum curavit David Gutiérrez, eiusdem ordinis, Roma, Institutum Historicum Augustinianum, 1986, pp. 359, cm. 17 x 24 (= Fontes historiae Ordinis S. Augustini, 28).

HIERONYMI SERIPANDO, O.S.A., *Registrum generalatis V, 1546-1548*, quod edendum curavit David Gutiérrez, eiusdem ordinis, Roma, Institutum Historicum Augustinianum, 1988, pp. 340, cm. 17 x 24 (= Fontes historiae Ordinis S. Augustini, 29).

Con un ritmo constante el P. David Gutiérrez ha ido editando durante estos últimos años los registros de gobierno del prior general Jerónimo Seripando (1539-1551). Presentamos aquí los dos que han aparecido últimamente, el IV y en V, después de haber presentado en fascículos anteriores de esta misma revista los tres primeros.

En la edición de estos dos registros el P. Gutiérrez sigue el método utilizado en los anteriores: precede una breve introducción, en la que ilustra las cosas de mayor interés contenidas en los textos que publica, y sigue el texto mismo de los registros, ilustrado con algunas notas muy sobrias. Al final va el índice de nombres de personas y de lugares (estos últimos en cursiva).

La transcripción está hecha con gran fidelidad y el lector sabe que tiene entre manos una edición fiable y cómoda de una de las fuentes más importantes para nuestra historia agustiniana: el diario de gobierno de un superior cuya importancia y fama rebasa los límites de la Orden que gobernó.

En el momento en que escribimos estas líneas el P. Gutiérrez tiene ya transcrito el volumen sexto y las pocas páginas que pertenecen a Seripando en el primer registro de Cristóbal de Padua. Todo ello conformará el volumen sexto y último de los registros del gran superior agustino y más tarde cardenal. Confiamos en que el Señor dé al editor, no obstante sus 86 años de edad, las fuerzas necesarias para coronar su obra y verla toda impresa.— *Carlos Alonso*.

CHRISTOPHORI PATAVINI, O.S.A., *Registrum generalatus I, 1551-1552*, quod edendum curavit Arnulfus Hartmann, eiusdem Ordinis, Roma, Institutum Historicum Augustinianum, 1988, pp. 312, cm. 17 x 24 (= Fontes Historiae Ordinis S. Augustini: prima series, 32).

Edita el P. Hartmann el primero de los siete registros que se conservan en el archivo general de la Orden del tiempo de la administración del prior general Cristóbal de Padua (1551-1568), sucesor en el cargo de Jerónimo Seripando. Este primer registro abarca el breve período que va desde abril de 1551 hasta agosto de 1552.

El editor presenta el texto de los registros precedido de una amplia introducción (pp. 5-23), a la que siguen una bibliografía específica de las obras utilizadas en la redacción de las notas ilustrativas del texto (pp. 24-25) y una breve lista de siglas (p. 27).

La mayor parte del volumen, como es natural, está ocupada por el texto mismo de los registros (pp. 29-279), al que siguen un breve índice escriturístico (p. 281) y otro muy rico y especificado de nombres de personas y lugares (pp. 283-312).

En la introducción el editor ofrece una panorámica completa de aquellas cosas que preparan, desde luego, a la lectura de los textos contenidos en este primer volumen, pero que ilustran también todo el período de gobierno del prior general Cristóbal de Padua, pues se analiza la situación política general, las cuestiones eclesiásticas de mayor peso en aquella época, los esfuerzos de Cristóbal de Padua por reformar la Orden e incrementar los estudios; se recuerda su positiva actuación en el concilio de Trento como teólogo privado y como superior de otros teólogos que asistieron por comisión suya. Se describen los registros paleográficamente y se habla de los escribas o secretarios que extendieron, por encargo del general, estos volúmenes-diario de su gobierno.

Con esta introducción se proporcionan al lector todas aquellas noticias necesarias y convenientes para manejar una de las fuentes más interesantes por su originalidad de la historia de la Orden en un siglo entre los más importantes de toda la historia de la Iglesia.

El volumen se presenta exteriormente en todo semejante a los que le han precedido de la misma serie, de la que el presente ocupa el puesto n. 32; un volumen más que acredita la diligencia del editor y el acierto de la idea de dar a luz pública estos registros.— *Carlos Alonso*.

ISACIO RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, *Historia de la Provincia Agustiniiana del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas*, vol. XX. Monumenta Agustiniiana (XIV), Documentos históricos (8). Valladolid, Editorial Estudio Agustiniiano, 1988, pp. XXXI-448, 24 x 17,5.

No necesita presentación el esquema que sigue el P. Isacio en este volumen, n.º 20, de la Historia de la Provincia Agustiniiana de Filipinas. Lo ha mantenido en todos sus volúmenes.

Los sesenta y un documentos que nos da a conocer y que aclara, precisa y sitúa con nada menos que dos mil doscientas tres notas, abarcan los años 1635-1640. En el volumen anterior nos había anunciado la importancia de este volumen, porque en este período de la Provincia Agustiniiana, y aún las demás Órdenes Religiosas estuvieron en un brete de que desaparecieran de las Islas, y con ellas la presencia española en ellas. Todo por los enfrentamientos entre las autoridades civiles y eclesiásticas; concretamente, y de manera especial, entre el Gobernador General, Sebastián Hurtado de Corcuera, que no atinó a estar a la altura de las circunstancias que imponían las cuestiones suscitadas por los criterios personales del Gobernador. En los enfrentamientos por un lado estaban todas las Órdenes Religiosas presentes en las Islas, menos jesuitas que hicieron causa común con Corcuera. Acechó el cisma, pero la intervención del Consejo de Indias, deponiendo a los dos principales contendientes devolvió la paz, pero la semilla de las inquietudes quedó sembrada.

También en este volumen se presentan los documentos finales de la controversia que había suscitado la dichosa *Alternativa* que tanto daño hizo en el buen gobierno de la Provincia Agustiniiana, que por fin quedó zanjada definitivamente. También cabe destacar preciosos documentos sobre la lucha contra *los moros* de Joló y Mindanao, que disfrutaban pirateando, saqueando pueblos, y haciendo cautivos a cristianos y no cristianos, siendo sus delicias apresar a cuanto religioso español podían, porque aparte el sabroso rescate, sabían muy bien que ellos eran los principales opositores a sus incursiones depredadoras, edificando cotas, construyendo barcos y hasta fabricando cañones para la defensa de los indios.

No dejan de ser las publicaciones del P. Isacio una fuente de sorpresas y ayudas documentales, tanto para el profesional de la Historia como para quien se asoma a ella con la timidez del principiante. Es un tomo más que añadir a una suma inacabada.— *Tomás González Cuellas*.

ALONSO, C., O.S.A., *Los agustinos en la costa suahili (1598-1698)*. Estudio Agustiniiano, Valladolid 1988, 18 x 12, 160 pp.

Con el establecimiento reciente, desde hace 12 años, de una misión de agustinos españoles de la provincia del Stmo. Nombre de Jesús de Filipinas en Tanzania, se ha despertado el interés por conocer los antecedentes agustinianos en la costa suahili, donde habían estado antes los agustinos portugueses durante una centuria. Labor que realizaron desde el convento de Mombasa y desde unos centros misionales establecidos en las islas de Pate y de Zanzíbar, cuya ubicación se precisa

bien gracias a los mapas y planos que se adjuntan para su ilustración y comprensión. Había un breve estudio de 14 pp. publicado por el P. Arnulf Hartmann OSA en 1962. El P. Carlos Alonso, buen conocedor de las misiones portuguesas en la India y sus fuentes documentales, recoge en este libro diferentes noticias y documentos, algunos desconocidos que constituyen un buen aporte para la historia eclesiástica y civil de esta región desde 1598 hasta 1698. Se trata de un gran paso y de un punto de arranque para otros estudios complementarios. Por algo constituye el vol. I de Monografías de Misiones y Misioneros Agustinos. V Centenario del Descubrimiento de América. Está presentado por el P. Pedro Rubio, Provincial, con unas páginas escritas desde Mahanje, Songea, al Sur de Tanzania, dentro de la zona suahili, augurando un porvenir esperanzador en África, cuna de san Agustín, al coincidir la publicación de este libro con la profesión de los tres primeros agustinos aborígenes. Estas páginas amenas y deleitosas nos ponen en comunicación con un pasado, que puede ayudar a comprender el presente y a planificar para el porvenir. Además de un pequeño apéndice documental, hay un índice de nombres de personas. Se le felicita una vez más al P. Carlos Alonso, esperando continúe con otros libros en esta colección.— *F. Campo*.

APARICIO LÓPEZ, TEÓFILO, O.S.A., *Agustinos españoles a la vanguardia de la ciencia y la cultura*. Estudio Agustiniiano, Valladolid, 1988, 425 pp. e ilustraciones.

Una obra más del P. Aparicio para ser leída, y para conocer algo de lo mucho que los Agustinos españoles han hecho aquí y fuera de España.

La obra se divide en dos partes, previa una presentación brevísima, siendo la parte primera anticipo o preámbulo de la segunda, pues se reduce a recordar que la Escuela Literario-Teológico-Científica acunada en Salamanca en el siglo XVI, teniendo por principal maestro al inmortal Fray Luis de León, mantuvo sus lecciones en los siglos siguientes con los Maestros Diego González, Juan Fernández de Rojas, Enrique Flórez, José de La Canal, José Muñoz Capilla y muchos otros más.

El fuego no se apagó con la trágica exclaustración, sino que se reavivó en el Real Colegio Seminario de Valladolid gracias a hombres providenciales como Tirso López, Tomás Cámara y otros. Y ésta es la parte principal de la publicación que comentamos: una galería de obispos, generales de la Orden, teólogos, filósofos, científicos, literatos, apologistas y polemistas, una veintena que pudiera haber aumentado, en la que no todos están tratados con la misma generosidad.

El tema no es nuevo; las fechas aniversarias o jubilares, ya sea del Real Monasterio de El Escorial, ya del IV Centenario del descubrimiento de Filipinas o el Bicentenario de este Colegio de Valladolid fueron ocasión propicia para recordar glorias pasadas y por eso Teófilo ha preferido recoger las flores abundantes de hemerotecas y revistas de ayer que en los fondos archivísticos.

La obra es por eso más para ser leída, que para ser consultada.

Hay reiteraciones explicables en temas homogéneos y se exagera el incienso al hablar de Manuel Díez González y Eustasio Esteban. En cambio, encuentro pobre la presentación de Bernardo Martínez, alma de «Archivo Agustiniiano», provincial y obispo. Dejó a mitad de camino al último sobreviviente de aquella gloriosa generación, que fue el P. Teodoro Rodríguez, fallecido a los 90 años en 1954, asiduo colaborador en la revista burgalesa «De Rebus Hispaniae» en la guerra civil.

Silenciamos comúnmente al P. Tirso López Bardón, educador perenne de la juventud agustiniiana en Manila, La Vid y Valladolid, desde 1852 hasta 1918, en favor del P. Tomás Cámara elevado en plena juventud al episcopado, mientras que el P. Tirso lo rechazó constantemente.

En el subtítulo «Una página inédita en la vida del P. Eustasio» (págs. 191-205) trata de la visita del Rvmo. a Iquitos, tema que considero «top secret» hasta que se vea el voluminoso dossier existente en Propaganda Fide. Sí quiero en honor del P. Claudio Bravo Morán adelantar que profesó el año 1908 en Lima, siendo afiliado, como todos los que allí profesaron de 1904-1934 (el último fue el P. Honorato García) al *Convento de Lima*, única figura jurídica viva de la otrora gloriosa provincia del Perú. Cuando hizo la profesión solemne en Valladolid en 1911 fue afiliado a la provincia del Perú, omitido naturalmente el 4.º voto. Gran divulgador del P. Fernando Valverde, clásico peruano del siglo XVII, fue recibido benévolamente en Trujillo por un gran amigo de los

Agustinos, Mons. Juan G. Guevara, más tarde arzobispo de Lima y primer Cardenal del Perú. Antes de su muerte hizo donación de sus libros al recién estrenado Colegio de Chiclayo.

Sin salirnos del Perú, constatar que el P. Villalba (Alberto) no se «perdió un día en la selva americana, sin que volviéramos a saber más de él» (pág. 320) sino que se ocultó en la bella y aristocrática Lima, dejando en el Convento mucho de sus producciones.

Puntilloso a la hora de señalar fechas, el P. Francisco Blanco profesó el 8 de diciembre de 1880 junto con el P. Teodoro Rodríguez, un año antes que apareciera «Revista Agustiniiana»; y su viaje a Jauja nada tuvo de rápido (pág. 255) a juzgar por la dramática narración que nos ha dejado el P. Manuel Monjas en «Relación de mi peregrinación a Jauja...» (Archivo Agustiniiano, vols. 30 (1928) y ss.).

Fuera de éstas y alguna otra rectificación de índole histórica o literaria, que no vale la pena minimizar, mil plácenes al P. Teófilo Aparicio por airear nuestras glorias, que ojalá vuelvan, pues la Cátedra Salmantina sigue dictando magistralmente «como decíamos ayer». — *Gregorio Martínez.*

ESTRADA ROBLES, BASILIO, *Los Agustinos Ermitaños en España hasta el siglo XIX*. Ed. Revista Agustiniiana, Madrid 1988, 726 pp.

A primera vista puede parecer la obra del P. Basilio un «ladrillo», palabra que lleva connotaciones de tedio y aburrimiento. Nada de eso resulta este trabajo, que si ha de quedarse con el remoquete de «ladrillo», lo será, sí, eliminando de él todo lo negativo, sustituyéndolo por todo lo que responda a la admiración y a la sorpresa más agradable y reconfortante. Ciertamente es un «ladrillo» que se echaba de menos en el edificio bibliográfico de la vida agustiniiana en España: «ladrillo» que lo mismo sirve para reconstruir una historia, aún inescrita, como «ladrillo de bovedilla» que proteja ese mismo edificio de la incuria y descuido en que esa misma historia se encuentra.

Para inquietos y noveles «historiadores» será siempre la obra del P. Estrada marco en el cual deben situarse, y luz que oriente su andadura. Los grandes conventos, solos, han hecho historia, aunque siga todavía enterrada en archivos muy variados, o en bibliotecas. Pero los pequeños, «los rurales» diríamos, los de pequeñas poblaciones también hicieron historia, que no por su humildad, o pequeñez, deja de ser meritoria. En este libro tienen cabida unos y otros, y quizá sorprendan más los otros porque se ignoraba o desconocía, tanto su nombre como el lugar en que ayudaron al conjunto de la historia agustiniiana. Se necesita ahora clarificar la de aquellos, despojándolos de mitos y errores acumulados en el tiempo, y dar a conocer la de los otros «cuyo nombre jamás habíamos oído». Sin pretenderlo, es el trabajo que falta por hacer, insinúa el autor. El éxito está asegurado, por cuanto lo regional, lo comarcal, lo provincial está tomando protagonismo en España, y necesita estos elementos que le ayuden. El prologuista, Luis Álvarez, del CSIC, da pautas a seguir en esta clase de investigaciones y estudios.

El P. Basilio nos dice que su trabajo no es «un informe exhaustivo»; ciertamente no lo es: pero sí que es una pauta y elenco informativo más que suficiente, para ampliar esta misma historia. En la 1.ª Parte nos habla del «Proceso histórico» que se inicia desde los mismos orígenes agustiniianos. En la Segunda intenta resumir lo referente a los conventos desaparecidos en la *Exclaustración*. Esta parte merece, por sí misma, todos los elogios y parabienes. En la Tercera afronta la *Restauración*, iniciada por la Provincia de Castilla y arropada, con *disimulo legal*, por la Provincia de Filipinas, que desde las Islas, y valiéndose del Colegio-Seminario de Valladolid o «Colegio para las Misiones de Asia», como ordenó el Gobierno de la Nación que se llamara, y que era el único superviviente de la vejación expropiatoria de 1835.

En el Apéndice nos dice el autor: «Después de un trabajo de muchísimas horas, de muchos días, de varios años —alternando con las actividades propias de un Colegio— para recopilar un tema tan disperso en los libros y en algunos manuscritos, queda expuesto aquí un breve informe de nuestra pasada historia, de la historia de cuantos nos han precedido en esta andadura, difícil a veces —como es la vida—, de una vocación que tiene que enfrentarse con los más variados proble-

mas, tanto a nivel personal como de la propia corporación y de la sociedad, a la que hemos de servir».

«Comencé esta labor con ilusión, y con temor a la vez, por tantas dificultades, que, al fin, confieso no he logrado superar. No obstante, doy gracias a Dios por todo lo conseguido...».

Bien hace el P. Estrada dando gracias a Dios por todo lo conseguido en su obra. Otros muchos se las darán a él por la andadura que marca en él a tantos inexpertos, gozosamente atrevidos, que desean ampliar, al menos ayudar, con sus «ladrillitos» a la historia que falta por escribir de la Orden en esta región, comarca, o en aquella provincia. Tendrá lunares, acaso lagunas, este trabajo, y quien los señale sin limpiarlos o rellenarlas, tendrá que callarse, porque los culturillas avispados, seguros únicamente en su petulante ignorancia, y sostenidos únicamente por su orgullosa suficiencia, abundan. *Faciant potentes majora*, habrá que decirles. Sencilla, clara y agustinianamente, a título personal, digo que a mi sorpresa y admiración por este trabajo uno mi agradecimiento al P. Basilio por brindarnos esta obra. Se lo merece.— *Tomás González Cuellas*.

GONZÁLEZ CUELLAS, TOMÁS, *Agustinos Evangelizadores Ilustres*. Ed. Estudio Agustiniiano. Valladolid 1988. Dos volúmenes, 18 x 12 cm., 192 y 201 pp. respectivamente.

A Tomás González Cuellas le conozco desde los lejanos días en que juntos ensayábamos nuestras primeras armas de las «buenas letras» en la desaparecida revista *Casiciaco*, y antes de que la obediencia nos enviara por distintos derroteros.

A él, a González Cuellas, le llevaron primeramente por tierras de América, donde se dedicó con entrega y competencia a la docencia de ciencias naturales; especialidad que siguió cultivando a su regreso a España por los colegios de la Orden.

El destino le tenía reservado ese rincón de León, que se llama Valencia de don Juan, donde ha recalado y donde ahora se dedica a los entretenidos quehaceres de la pluma.

Fruto de esta investigación y dedicación son las obras que nos viene ofreciendo sobre religiosos agustinos del Bierzo, región que es la suya también, pues ha nacido en el pueblo berciano de Almazcara.

Agustinos Evangelizadores Ilustres es el título general de estos dos volúmenes, publicados recientemente por la editorial «Estudio Agustiniiano». El primer volumen lo dedica a Juan Nicolás de Ribera y Pimentel, «un berciano en China». En formato de 18 x 12 cm., impresión esmerada y que consta de 192 páginas, el autor nos ofrece la biografía de este misionero agustino, nacido en Ponferrada, de familia noble y profeso en el convento de San Agustín de Salamanca desde el año 1666.

A este agustino del Bierzo, Tomás González Cuellas, otro berciano nacido en Almazcara, lo lleva dócilmente, en estilo sencillo, jugoso y casi espiritual, desde que embarca para Filipinas, en 1668, donde termina sus estudios y ensaya sus primeros escarceos apostólicos, hasta verlo en China abriendo surco misional, en compañía del P. Lucas Esteban, y aprendiendo primeramente el idioma en la casita que un chino principal les había donado en la ciudad de Tung-Kuang.

Después..., las dificultades múltiples, los trabajos, la persecución, el ejemplo de un apóstol que, desde Macao, escribe dos años antes de su muerte —acaecida en 1711—, diciendo que piensa volver a China, donde acabará sus días, si la obediencia se lo permite.

En el segundo volumen, Tomás González Cuellas estudia a bercianos, hijos también de la Orden de San Agustín, en distinto estilo y tono que el anterior. El primero de ellos es el P. Alejandro Cacho Villegas, «pacificador, colonizador y misionero» en Filipinas desde el año 1700 en que llegó a aquellas islas, hasta el 1746 en que murió lleno de méritos y de días en Carranglán, pueblo fundado por él.

Junto al P. Cacho, figuran los nombres de Francisco de la Encina, «misionero y lingüista», Matías Carvajal y Bernardo de la Iglesia.

El autor de estos dos libros dice que no pretende hacer un estudio crítico. Y es verdad. Pero sus notas explicativas, sus mapas, apéndices documentales, y hasta la reproducción de alguna carta original, dan a entender que estudia a fondo el tema y lo hace con maestría.— *Teófilo Aparicio López*.

HILARIÓN JOSÉ RAFAEL LASSO DE LA VEGA, *Sínodos de Mérida y Maracaibo de 1817, 1819 y 1822*. Introducción y edición crítica por Fernando Campo del Pozo, Madrid, Centro de Estudios Históricos del Consejo Superior de Investigaciones científicas, 1988, pp. 289, cm. 24 x 17

Contiene este volumen, como lo anuncia el título, las constituciones de los sínodos diocesanos de Mérida y Maracaibo de 1817, 1819 y 1822 promulgadas por el obispo de D. Rafael Lasso de la Vega, preparadas para la edición por el P. Fernando Campo, que tiene a su haber numerosos estudios sobre la historia religiosa de Venezuela en tiempo de la colonia, especialmente sobre la actuación misionera de los agustinos en aquellas regiones.

Precede al texto de las constituciones sinodales una presentación de Horacio de Santiago Otero, director de la colección (pp. 7-8), y una amplia introducción del editor (pp. 9-80), en la que ilustra todos los aspectos que necesita conocer un estudioso antes de adentrarse en la consultación de estas constituciones: preliminares a la celebración, con indicación sumaria de la historia de la evolución diocesana en la zona, alusión a otros sínodos anteriores de regiones (Bogotá y Caracas) que configuraron después la diócesis de Mérida; biografía del protagonista, el obispo D. Rafael Lasso de la Vega, y su actitud ante algunos problemas de especial interés, como el «placet» regio; y finalmente, la convocación, celebración, asistentes y decretos emanados en los tres sínodos. Siendo éstos como tres partes de un mismo tríptico, ha sido un acierto estudiarlos y editarlos conjuntamente.

Se hace asimismo una exposición ordenada pero sintética del contenido de los mismos y se dan unos datos alusivos a la originalidad, vigencia y valoración de esta documentación canónica. A nuestro juicio, se trata de una introducción densa, ordenada y bien articulada que introduce perfectamente a la consulta del material canónico editado. No faltan las indicaciones necesarias sobre los manuscritos conocidos y usados en esta edición y los criterios seguidos en ella.

Preceden, inmediatamente antes del comienzo del texto de las constituciones sinodales, una fotografía del obispo Lasso y un mapa de la región. Hubiera sido de desear que se pusiera más claramente que se trata de un retrato de dicho obispo, pues hay que adivinarlo, ya que no se dice expresamente.

El cuerpo del libro lo constituyen los textos editados, que son de amplitud desigual, ya que las constituciones del primer sínodo ocupan las pp. 83-199, las del segundo las pp. 201-245 y las del tercero las pp. 247-279. Un índice del contenido de los textos sinodales ocupa las pp. 281-289, al que sigue el índice general del libro (p. 291). El volumen carece de índice de nombres, que hubiera prestado no poca utilidad, sobre todo para las páginas de la introducción, tan amplia y documentada.

Todo sumado, nos parece este volumen una digna aportación a la serie «sínodos americanos» de la que es el n. 7 y con la que se intenta colaborar a un mejor conocimiento de la acción de España en la vida del continente americano con ocasión del V Centenario de su descubrimiento. Este volumen se ocupa de cosas que sucedieron a caballo entre la época colonial y el período de la independencia y ayuda a comprenderlas mejor.

En la p. 48 hubo un descuido en la corrección de pruebas: se deslizó un «viudos» por «sínodos» y en la nota 175 de la p. 80 se escribieron las frases de agradecimiento a colaboradores, etc., que, a nuestro juicio, hubieran estado mejor en otra parte. Pero se trata de dos minucias, que son nada en comparación del mérito de la obra, que nos parece grande.— *Carlos Alonso*.

REINHARDT, K., *Die christologische Auslegung des Psalms «Miserere» im Kommentar des Augustiners Jacobus Pérez von Valencia (+1490)*. Paulinus-Verlag, Trier 1987, 23 x 16, 20 p.

Se trata de una separata de la colaboración hecha por el profesor Klaus Reinhardt en el homenaje al Dr. Balthasar Fischer en sus 75 años, pp. 207-226, con un interesante y valioso estudio sobre el comentario al «Miserere» por el importante teólogo y biblista agustino, Jaime Pérez de

Valencia. Este comentario viene a ser una estupenda meditación sobre el salmo 51 con un buen estudio crítico. El mismo autor ha publicado en colaboración con el Dr. Horacio Santiago-Otero el primer volumen de la serie «Nomenclátor de autores medievales hispanos» titulado *Biblioteca bíblica ibérica medieval*, C.S.I.C., Centro de Estudios Históricos (Madrid 1986) 380 pp., donde se hace un estudio más completo en las pp. 172-179 sobre su comentario a los salmos de David con sus manuscritos y ediciones. Su mejor comentario está centrado en el salmo «Miserere», el «Te Deum laudamus» de san Ambrosio y san Agustín, a los que siguen la exposición de los cánticos de los Evangelios, los de Salomón y otros. Los teólogos y canonistas de los siglos XIV y XV tenían un gran dominio de las Sagradas Escrituras, como Bernardo Oliver (+ 1348), agustino, sobre quien se trata en las pp. 124-127. Se trata también de los agustinos Dionisio de Murcia (pp. 132-133), San Juan de Sahagún (pp. 210-211), Martín de Córdoba (pp. 224-225). Esta obra está muy bien documentada y constituye un instrumento básico en la materia, como fuente para otros trabajos complementarios y para tener un conocimiento claro de la cultura bíblica y canónica medieval en la Península Ibérica.— *F. Campo*.

CORDERO DEL CAMPILLO, M., *Crónica de un compromiso. Los años de la transición política en León*. Santiago García, León 1988, 21 x 15,5, 512 pp.

Este libro ha tenido amplia acogida especialmente en la prensa con presentación de periodistas y políticos de la región. Las críticas han sido en general elogiosas. Además de hombre culto y propulsor de la Universidad de León, es muy estimado por los leoneses hasta el punto de que en una encuesta publicada por el *Diario de León* el 9 de junio de 1977 se le colocaba a la cabeza de intención de voto (18,31 %) seguido del P. Ángel Martínez Fuertes (17,63 %). Él ha desempeñado un papel importante en la etapa de transición, por lo que su testimonio es interesante y valioso. Esta crítica, como recensión en una revista histórica y agustiniana, se va a limitar a sus conexiones con lo agustiniano, ya que él se formó con los agustinos, por deseo de su madre, alegando que allí iban también los hijos de «los ricos» (p. 15). La mayoría eran de clase media. Ella y su padre, guardia civil, sabían que educaban bien. Nada dice sobre el modo de educar que tenían los agustinos. Se supone que le haya quedado una buena huella o impronta, ya que sigue siendo católico y escribe una especie de «confesiones» de su vida política y religiosa, en lo cual es modelo genial san Agustín. Menciona a fray Manolín y a fray Toribio, de los que dice que eran «legos». Conviene observar que algunos de estos hermanos de obediencia, no clérigos, tenían sus estudios y a veces el título correspondiente. Recuerda al P. Fulgencio, porque «ocultó una de las pistolas de los falangistas» (p. 20). Lo que probablemente se hizo para evitar males mayores. Menciona dos veces al P. Pedro Moratíel y reiteradamente al P. Ángel Martínez Fuertes, que desempeñó también un papel importante en la etapa de transición. Es lógico que le hayan apoyado los padres de los alumnos de los colegios agustinianos y otros colegios religiosos, incluso sacerdotes. Esto lo censura en la p. 147, porque el religioso agustino le superó de hecho con 34.391 votos, ya que fue el primero con 127.791 votos, quedándole en cuarto lugar Moisés Cordero del Campillo con 93.400 votos (p. 163). Luego se consuela alegando que resultó el primero en la ciudad (p. 164) y descalificando un poco al P. Martínez Fuertes (pp. 165 y 352). Esto es comprensible.

Dejando a un lado otras menciones de agustinos, interesa en nuestro caso la referencia que hace a una recensión de dos libros suyos sobre *Félix Gordón Ordás*, publicadas en León y Oviedo en 1973. La crítica apareció en *Estudio Agustiniano* 9 (1974) 189-90, no en *Estudios agustinianos*, como se afirma en la p. 76, donde acoge algunas observaciones y luego sale por peteneras hablando del «mal llamado impuesto religioso». Le dolió al autor la recensión, que tuvo la amabilidad de comentar en una carta del día 14-V-74, lo que se le agradece cordialmente. A esto se refiere en lo que él llama *affaire Gordón Ordás* en la dedicatoria de su obra, porque se hacía referencia a su participación en el reparto del tesoro depredatorio del «Vita» y sus coqueteos con los comunistas y masones; algo de lo que dio información en Maracaibo el eminente paleógrafo y exilado republicano, D. Agustín Millares Carlo, que consideraba acertado el apodo que se había puesto a F. Gordón Ordás, como «el más grande garañón de los veterinarios leoneses». Él le trató de cerca en

Méjico y tenía fundamento para aseverar, lo que hacía incluso con textos fidedignos, como buen historiador. De haber visto esta obra y lo que se afirma en la p. 79 sobre que a una «especie de nematodo de las truchas» se le llame en latín macarrónico *Spinitectus gordonii*, no cabe duda de que añadiría humorísticamente que «aún quedan garañones entre los veterinarios leoneses», enseñándole a usar bien el latín, pues era un excelente latinista, y a dar correctamente las citas. En esto adolece bastante la obra. Da nombres sin apellidos unas veces y otras apellidos sin nombre. No es de extrañar que su descubrimiento lo dejasen pasar los censores del régimen, que dejaban pasar otras cosas mayores y creó el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. A pesar de estos lunares y otras erratas, que procura corregir a mano su autor, no cabe duda de que esta obra es un buen aporte para la historia de la transición, como lo es también el libro de Wenceslao Álvarez Oblanca, *La represión de postguerra en León* (León 1986) junto con otros, donde se publicarán documentos, que algunos consideran desaparecidos con la expurgación hecha por orden del ministro Fernando Ledesma. Lo que hace falta es que al mismo tiempo se fomente la convivencia pacífica con una educación democrática y cristiana, sin restañar heridas y sin clericalismos o anti-clericalismos para forjar un futuro mejor. Se le felicita al autor, buen leonés y amigo.— *F. Campo*.